

Agatha Christie

Sangre en la piscina

Traducción: Guillermo López Hipkiss



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta –Argentina

Título original: *The Hollow*

© 1946, Agatha Christie Mallowan

© 1950, 1956, Traducción: Editorial Molino

Traductor: Guillermo López Hipkiss

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. – Buenos Aires, Argentina

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial BOOKET M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Todos los derechos reservados. Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Agatha Christie[®]

Ilustraciones de portada: Rocío Fabiola Tinoco Espinosa y

Miguel Angel Chávez Villalpando / Grupo Pictograma Ilustradores

Adaptación de portada: Alejandra Ruiz Esparza

Primera edición impresa en Argentina: octubre de 2016

ISBN: 978-987-580-836-2

Primera edición impresa en México en Booket: junio de 2018

ISBN: 978-607-07-4994-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Capítulo primero

Cierto viernes, a las seis y trece de la mañana, Lucy Angkatell abrió los párpados, contempló el nuevo día con ojos azules de sorprendente tamaño, despabilóse al instante como de costumbre y se dispuso a enfrentarse con los problemas que su mente, increíblemente activa, había evocado ya.

Sentía la urgente necesidad de consultar y conversar con alguien, y su elección recayó en Midge Hardcastle, una prima suya, muy joven, que llegara a The Hollow la noche anterior.

Saltó, pues, de la cama, se echó una bata sobre los hombros, que los años no habían hecho desmerecer, y avanzó por el pasillo en dirección a la alcoba de Midge.

Mujer de desconcertante rapidez de pensamiento, lady Angkatell, como era su invariable costumbre, dio principio a la conversación mentalmente, recurriendo a su fértil imaginación para suministrar las contestaciones de Midge.

Se hallaba aquella conversación imaginaria en todo su apogeo cuando abrió la puerta del cuarto de Midge.

—... conqué, querida, tendrás que reconocer que este fin de semana va a presentar dificultades de *verdad*.

—¿Eh? ¿Cómo? —gruñó Midge, despertando bruscamente de un sueño profundo, satisfactorio y reparador.

Lady Angkatell fue hacia la ventana, abrió las persianas y alzó la cortina con un rápido movimiento, dando paso a la pálida claridad de un amanecer de septiembre.

—¡Pájaros! —murmuró, atisbando por el vidrio con gesto de bondad y de placer—. ¡Qué encanto!

—¿Cómo?

—Sea como fuere, el tiempo no será un obstáculo. Da la impresión de que continuará bueno. Algo es algo. Porque, si una serie de caracteres incompatibles se ven obligados a permanecer encerrados en casa, estarás de acuerdo conmigo en que la situación se hace diez veces peor. Juegos de salón, quizá. Lo que resultaría igual que el año pasado, que jamás podré perdonarme por lo de la pobre Gerda. Le dije a Henry más tarde que tuve muy

poco tacto..., y una no tiene *más remedio* que invitarla, claro está, porque sería tan grosero invitar a John y no invitarla a ella..., pero la verdad, eso complica las cosas... Y lo peor es que ella es tan buena y simpática... Con franqueza, a veces sí que parece raro que una muchacha tan agradable como Gerda esté tan desprovista de inteligencia. Y si es eso a lo que se refieren cuando hablan de la ley de compensación, no me parece *nada* justo.

—Pero, ¿de qué estás hablando, Lucy?

—Del fin de semana, querida. De la gente que llega mañana. He estado pensando en eso toda la noche y no sabes lo que me preocupa. Conque es un alivio discutirlo contigo, Midge. Tienes siempre tanto sentido común y eres tan práctica...

—Lucy —dijo Midge con severidad—, ¿tú sabes la hora que es?

—Con exactitud, no. Ya sabes bien que nunca lo sé con certeza.

—Son las seis y cuarto.

—Sí, querida —murmuró lady Angkatell, sin dar muestra alguna de contricción.

Midge la miró con severidad. ¡Cuán exasperante, cuán completamente imposible era Lucy! La verdad, pensó Midge, no sé por qué la aguantamos.

Sin embargo, no bien se hizo esta pregunta, halló la contestación. Lucy Angkatell estaba sonriendo y, al mirarla, Midge sintió el extraordinario y persuasivo encanto que había ejercido Lucy durante toda su vida y que, aún ahora, pasados los sesenta años de edad, seguía sin fallarle. Por él habían soportado inconvenientes, molestias y desconciertos, todo tipo de personas y por todo el mundo: potentados extranjeros, embajadores, funcionarios del Gobierno... Era la infantil delicia, el infantil placer que sus propios actos le proporcionaban lo que desarmaba y anulaba toda crítica. Bastaba con que Lucy abriera aquellos ojazos azules y tendiese las frágiles manos, y murmurara: «¡Oh! ¡Cuánto lo siento!», para que se desvaneciera todo resentimiento.

—Querida —dijo lady Angkatell—, cuánto lo siento... ¡Debiste advertírmelo!

—Te lo estoy advirtiendo ahora..., pero ¡es demasiado tarde! Estoy completamente despabilada.

—¡Qué lástima! Pero sí que me ayudarás, ¿verdad?

—¿En lo que al fin de semana se refiere? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Lady Angkatell se sentó en el borde de la cama. No era, pensó Midge, como si cualquier otra persona lo hubiese hecho. Re-

sultaba tan ingrátido el acto, como si un hada se hubiera posado un segundo allí.

Lady Angkatell tendió las manos blancas, que parecían revolotear como mariposas, en gesto encantador y de impotencia.

—Viene toda la gente que no debiera..., la gente que no debiera *juntarse*, quiero decir, no que sean insoportables en sí. Todos ellos son encantadores en realidad...

—¿Quién viene?

Midge se apartó el espeso, negro y áspero cabello de la cuadrada frente con un brazo moreno y consistente. Ella sí que no tenía nada de ingrátida, ni de aspecto de hada.

—Pues... John y Gerda. Eso está bien en sí. Quiero decir que John es delicioso... muy atractivo. Y en cuanto a la pobre Gerda..., bueno, hemos de ser todos bondadosos con ella. Muy, muy bondadosos.

Impulsada por un vago instinto, Midge dijo:

—Vamos, no es para tanto.

—Oh, querida, es una verdadera pena..., un cuadro lastimero. Esos ojos... Y nunca parece comprender una palabra de lo que se le dice.

—Y no las comprende, en efecto —aseguró Midge—. Las que tú dices, al menos. Pero no tiene ella la culpa. Corren tan aprisa tus pensamientos, Lucy, que para no quedarse atrás, tu conversación da unos saltos asombrosos. Te comes todos los eslabones y no hay manera de relacionar una frase con otra.

—Igual que un mono... —murmuró lady Angkatell, vagamente.

—Pero, ¿quién más viene aparte de los Christow? Supongo que Henriette.

El rostro de la dama se animó.

—Sí, es un verdadero apoyo; alguien con quien se puede contar. Siempre lo es. Henriette es bondadosa de verdad..., de una bondad maciza, ¿sabes?, no sólo superficial. Será una gran ayuda en el caso de Gerda. Fue maravillosa el año pasado. Cuando jugamos a hacer ripios, o a citar extractos, o a componer palabras... o lo que fuera. Y todos habíamos terminado y estábamos leyendo lo que habíamos hecho, cuando nos dimos cuenta de pronto de que la pobre Gerda ni siquiera había empezado. Ni siquiera estaba segura de a qué estábamos jugando. Fue terrible, ¿verdad, Midge?

—Lo que no acabo de comprender —contestó la muchacha—, es por qué viene alguien a pasar unos días con los Angkatell. Entre devanarse los sesos, aguantar los juegos de salón y soportar tu singular manera de hablar, Lucy querida.

—Sí, querida. Debemos ser algo insoportables... Y para Gerda debe ser odioso. Muchas veces pienso que, si tuviera una pizca de energía, no aparecería por aquí. Pero, sea como fuere, la cosa es que la pobre parecía tan aturdida y..., bueno, dolida. Y John daba la sensación de estar impaciente. Y a mí no se me ocurría cómo arreglar la situación. Y fue entonces cuando le estuve tan agradecida a Henriette. Se volvió hacia Gerda y la interrogó acerca del suéter que llevaba..., un suéter horrible, de un color verde lechuga descolorido... deprimente y como de saldo... Y Gerda se animó en seguida. Parece ser que lo había hecho ella misma y Henriette le pidió el modelo. Y Gerda se puso tan contenta y se sintió tan orgullosa... Y eso es lo que quiero decir de Henriette. Siempre sabe hacer esas cosas. Es una especie de don.

—Se toma muchas molestias —dijo Midge, lentamente.

—Sí, y sabe siempre qué decir.

—¡Ah! —murmuró Midge—, es que no se conforma con decirlo. ¿Sabes tú, Lucy, que Henriette llegó incluso a hacerse ese suéter?

—¡Santo Dios! Y..., ¿se lo puso?

—Y se lo puso. Henriette no hace las cosas a medias.

—Y, ¿era muy horrible?

—No. Llevándolo Henriette, resulta muy bonito.

—Sí, claro, era de esperar. En eso estriba la diferencia entre Henriette y Gerda. Todo lo que hace Henriette lo hace bien y sale bien. Es hábil en casi todo, además de serlo en su especialidad. Estoy segura de que si el fin de semana no se convierte en un fracaso, se lo deberemos a Henriette. Se mostrará agradable con Gerda, distraerá a Henry, mantendrá a John de buen humor y estoy segura de que resultará una gran ayuda en el caso de David.

—¿David Angkatell?

—Sí. Viene de la universidad de Oxford..., o quizá sea de la de Cambridge. Los muchachos de su edad son tan difíciles..., sobre todo cuando son intelectuales. Lástima que no aplazan lo de ser intelectuales hasta tener más edad. Así no hacen más que dirigirte unas miradas torvas y morderse las uñas. Y parecen estar llenos de manchas o granos... y tener la mar de desarrollada la nuez de la garganta también. Y, o se niegan a hablar, o hablan a voces, llevando a todo el mundo la contraria. De todas formas, como ya he dicho, confío en Henriette. Tiene mucho tacto, y sabe qué preguntas hacer. Y como es escultora, la respetan, sobre todo, puesto que no se limita a esculpir cabezas de niño y animales, sino que hace cosas avanzadas, como esa cosa tan extraña de

metal y escayola que expuso en el Salón de Artistas Modernos el año pasado. A mí me pareció la caricatura de una escalera. Se llamaba Pensamiento Ascendente... o algo así. Es una de esas cosas que impresionan a los muchachos como David. A mí, personalmente, me pareció una estupidez.

—¡Lucy!

—Pero algunas de las cosas de Henriette me parecen encantadoras. Aquella figura del Fresno Llorón, por ejemplo.

—Yo creo que Henriette tiene algo de talento, de genio... Y es muy hermosa y muy agradable también —dijo Midge.

Lady Angkatell se puso de pie y se acercó a la ventana otra vez. Jugó distraída con el cordón de la cortinilla.

—¿Por qué bellotas? —murmuró.

—¿Bellotas?

—En la extremidad del cordón de la cortinilla. Como poner piñas de adorno en las verjas. Quiero decir que alguna razón habrá. Porque el mismo trabajo costaría poner una pera o algo así..., pero siempre ponen una bellota. «El fruto del roble», como la llaman en las palabras cruzadas, las que dan a los cerdos, ¿sabes? Siempre me ha parecido la mar de raro.

—No divagues, Lucy. Entraste aquí a hablar del fin de semana que no sé por qué te preocupa tanto. Si consigues abstenerte de organizar juegos de prendas e intentas ser coherente al hablar con Gerda, y encargas a Henriette que amanse a David el intelectual, ¿dónde está la dificultad?

—Pues verás, en primer lugar, va a venir Edward, querida.

—¡Ah!, Edward...

Midge guardó silencio un instante, después de pronunciar el nombre. Luego preguntó:

—¿Cómo se te ocurrió invitar a Edward a pasar aquí el fin de semana?

—No lo invité, Midge. Ahí está la cosa. Se invitó él. Telegrafió preguntando si le admitíamos. Ya sabes cómo es Edward. Cuán susceptible. Si le hubiese contestado que no, probablemente no se hubiese vuelto a invitar jamás. Es así.

Midge asintió con un movimiento de cabeza.

Sí, pensó, Edward era así. Durante un instante vio claramente su rostro, aquel rostro tan querido. Un rostro que poseía algo del encanto de Lucy, dulce, respetuoso, irónico...

—¡Querido Edward! —dijo Lucy, como eco de los pensamientos de Midge.

Prosiguió con impaciencia:

—¡Si siquiera se decidiese Henriette a casarse con él! Le tiene cariño, me consta que sí. Si hubiesen pasado aquí un fin de semana sin los Christow... Porque John Christow siempre le produce un efecto desastroso a más no poder a Edward. John, ¿sabes lo que quiero decir...?, *se crece* y Edward *decrece* en idéntica proporción. ¿Comprendes?

Midge volvió a mover afirmativamente la cabeza.

—Y no puedo decirles a los Christow que no vengan, porque esta visita quedó acordada hace tiempo. Pero lo siento, Midge, que la situación va a ser difícil. David, con su gesto torvo, mordiéndose las uñas; nosotros intentando que Gerda no se sienta fuera de lugar; John mostrándose tan positivo y Edward tan negativo...

—Los ingredientes del pastel son muy prometedores —murmuró Midge.

Lucy se sonrió.

—A veces —musitó— las cosas se arreglan con una facilidad asombrosa. He invitado al Hombre de los Crímenes a comer con nosotros el domingo. Resultará una distracción, ¿no te parece?

—¿El Hombre de los Crímenes?

—Como un huevo, tiene la cabeza... —asintió lady Angkatell—. Se hallaba en Bagdad buscando la solución a no sé qué, cuando Henry era gobernador. O..., ¿sería más tarde, quizá? Le invitamos a comer junto con otras personas. Recuerdo que vestía de blanco y llevaba una flor de color rosa en el ojal y zapatos negros, de charol. No me acuerdo gran cosa de eso, porque nunca me ha parecido muy interesante saber quién mató a quién. Quiero decir, que una vez muertos no parece importar gran cosa por qué murieron, y el darle importancia y armar jaleo me parece una estupidez.

—Pero, ¿se ha cometido algún crimen por aquí, Lucy?

—¡Oh, no, querida! Vive en una de esas casitas nuevas tan raras..., ya las conoces, de esas en que se pega uno con la cabeza contra las vigas; muy buen trabajo de fontanería y un jardín que no pega ni con cola. A los londinenses les gustan las cosas así. Creo que hay una actriz en la otra. No viven durante todo el año en ellas como nosotros. No obstante —murmuró lady Angkatell vagando por el cuarto—, supongo que eso les resulta agradable. Midge, querida, no sabes cuánto te agradezco que hayas sido una ayuda tan grande.

—No creo haber sido una ayuda muy grande que digamos.

—¿De veras? —Lucy la miró con un gesto de sorpresa—.

Bueno, duérmete ahora y no te levantes a desayunarte. Y cuando te levantes, sé todo lo grosera que quieras.

—¿Grosera? —exclamó Midge—. ¿Por qué? ¡Ah! —rió—. ¡Comprendo! Eres muy perspicaz, Lucy. Tal vez te coja la palabra.

Lady Angkatell sonrió y se retiró. Al pasar por delante de la puerta abierta del cuarto de baño y ver la tetera y el hornillo de gas, se le ocurrió una idea.

A la gente le gustaba el té, se dijo. Y a Midge no la llamarían hasta dentro de mucho rato. Le haría un poco de té. Puso la tetera al fuego y siguió su camino pasillo abajo.

Se detuvo ante la puerta del cuarto de su esposo e hizo girar el tirador. Pero sir Henry Angkatell, el hábil administrador, conocía a su Lucy. Le profesaba un cariño enorme, pero le gustaba dormir tranquilo. La puerta tenía echada la llave.

Lady Angkatell marchó a su propia alcoba. Le *hubiese* gustado consultar a Henry, pero igual daría hacerlo más tarde. Se acercó a la ventana abierta, miró hacia el exterior unos segundos y luego bostezó. Se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada y, a los dos minutos, dormía como un lirón.

En el cuarto de baño, la tetera empezó a hervir y continuó hirviendo.

—Otra tetera estropeada, míster Gudgeon —dijo Simmons, la doncella.

El mayordomo Gudgeon sacudió su cabeza entrecana.

Tomó la tetera quemada y, acercándose a la despensa, sacó otra de la alacena, donde guardaba media docena.

—Ahí tiene, miss Simmons. La señora jamás se enterará.

—¿Hace estas cosas con frecuencia? —inquirió Simmons.

Gudgeon exhaló un suspiro.

—La señora —anunció— es muy bondadosa y muy olvidadiza a la vez. Pero, en esta casa, yo me encargo de que se haga todo lo posible para ahorrar a la señora molestias, disgustos y preocupaciones.